

# Lipovetsky: Del vacío a la hipermodernidad

Enrique Tamés

DICE SEBASTIEN CHARLES, en la introducción de *Los tiempos hipermodernos* de Gilles Lipovetsky, que “la condena del presente, analizada a largo plazo, es sin duda la crítica más trivial que vienen proponiendo los escritores, filósofos, y poetas desde la noche de los tiempos.” Parece una costumbre que no termina de resultar atractiva para los intelectuales: el tiempo presente es el de la decadencia, el de los momentos oscuros de la civilización. Y aún cuando hay un paréntesis de optimismo en el Siglo de las Luces y en el cientificismo del siglo XIX, tanto Kant como Nietzsche no dejarán de anunciar lo terrible de la situación social en la que viven.

Son pocos los filósofos que intentan tener una visión más balanceada de la realidad histórica que les rodea. Y Gilles Lipovetsky es uno de ellos. Y en este sentido, el filósofo francés es mucho más cercano al análisis mediador de la realidad moderna que hace Tocqueville, que a la crítica férrea de sus coeternos pensadores posmodernos. Y si hemos de crear algún puente con un contemporáneo suyo, éste es con Baudrillard. Ambos parten de la cúspide moderna de la sociedad en los años cincuenta y sesenta para después intentar entender lo que sucede a esta sociedad en la década de los ochenta.

*La era del vacío*, obra que catapultó a Lipovetsky a la fama internacional, fue publicada en 1983, en el inicio de la denominada “Década Reagan”. Este libro, que muestra con una claridad sorprendente la transformación de los valores de la sociedad actual, tiene como objetivo describir un modo de socialización y de individualización inédito, que rompe con el transcurso histórico iniciado en los siglos XVII y XVIII, y con lo que el propio Lipovetsky llama una

primera revolución individualista. De acuerdo al filósofo francés, en estos últimos años del siglo XX hay una segunda revolución individualista a la que llama el “proceso de personalización”. Este proceso de la década de los ochenta rompe con aquello iniciado en el siglo XVII, pero también con el pasado reciente, específicamente con las convenciones sociales de la posguerra:

- Lo disciplinario, revolucionario y convencional de la década de los cincuenta.
- El credo de lo democrático y sus consecuentes mejoras de justicia social.
- El rigorismo universalista del credo democrático.
- La identidad ideológica-coercitiva.

Este rompimiento, implica forzosamente un cambio de organización social, de costumbres y hábitos, donde los valores individuales tienden más hacia la introspección, la preocupación por el “self”, y la producción de placer:

- El máximo de elecciones privadas posibles.
- El mínimo de austeridad y el máximo de deseo.
- La menor represión y la mayor comprensión y aceptación posible.
- Valores hedonistas, respecto por las diferencias, culto a la liberación personal, al relajamiento, al humor y a la sinceridad; al psicologismo y a la expresión libre.

En resumen, en el proceso de personalización descrito por Lipovetsky, la *res pública* pierde terreno frente a la *res privada*, el discurso individualista acapara muchos más

espacios de decisión y de estancia del sujeto que la aspiración moderna de pensar en horizontal: “El ideal moderno de subordinación de lo individual a las reglas racionales colectivas ha sido pulverizado, el proceso de personalización ha promovido y encarnado masivamente un valor fundamental, el de la realización personal, el respeto a la singularidad subjetiva, a la personalidad incomparable sean cuales sean por lo demás las nuevas formas de control y de homogeneización que se realizan simultáneamente.”<sup>1</sup>

El movimiento del proceso de personalización conlleva dos orígenes: desde arriba del poder y desde abajo. El primero, el “limpio”, programado por los aparatos de poder tiene como fin crear una “affluent society”. El segundo, el de abajo, que es “salvaje” o paralelo, viene de individuos y grupos que irrumpen; minorías ideológicas, movimientos alternativos, búsquedas constantes de la propia identidad que rompen con el establecimiento de las masas. Estos movimientos, así como tienen un origen, también tienen un fin: “no es cierto que estemos sometidos a una carencia de sentido, a una deslegitimación total; en la era posmoderna perdura un valor cardinal, intangible, indiscutido a través de sus manifestaciones múltiples: el individuo y su cada vez más proclamado derecho a realizarse...”<sup>2</sup>

El individualismo descrito por Lipovetsky a lo largo de las páginas de *La era del vacío*, no es de una naturaleza aislada, esférica. Es un narcisismo colectivo el que se está viviendo, en el sentido de que el discurso agrupa lo que está cerca, a la mano, lo que es similar o idéntico a uno mismo: ramificaciones de lo colectivo, intereses miniaturizados, grupos hiperespecializados: los círculos de interacción se contraen haciendo mini grupos, pero explotan en su diversidad. De la era moderna de la producción y la revolución, se pasa a la era posmoderna de la información y la expresión.

De la producción, a la seducción. Del sustento de la realidad al encanto de la imagen: estos movimientos afectan a todas las esferas y rincones de la sociedad:

- Los medios masivos de comunicación han pasado de retratar al mundo a su construcción.
- En la informática, la máquina que sustituta del hombre trabajador, del hombre productor, ha pasado a segundo término. Ahora, la máquina erótica, las que produce bienestar y placer al ser humano, es la que recibe toda la atención.
- En la época del cuidado del “self”, estamos ante un bombardeo masivo de escuelas para a la persona y su autoestima: el análisis transaccional, la bioenergía,

las terapias de grupo, la gestalt terapia, el hipnotismo, el Silva Mind Control, la terapia reichiana, todo lo derivado del Instituto Esalen.

- La medicina, una de las tradiciones más científicas del mundo occidental, se ha abierto a caminos poco ortodoxos de acuerdo a esta tradición: la acupuntura, la visualización, la herbología, el biofeedback.
- El deporte, de pasatiempo de fin de semana, a omnipresencia mediática y cotidiana donde toda la cultura del ocio y del consumo se concentra.
- El lenguaje ha cambiado drásticamente su situación epistemológica: de la descripción positiva de la realidad a la principal herramienta de seducción de distintos agentes sociales.
- Uno de los principales usuarios de este dispositivo seductor del lenguaje es el político: la ciber-mass-media-política.
- El lugar central de la erotización y del consumo sexual en la sociedad actual es también característico de los tiempos posmodernos. Acumular experiencia, “capital libidinal”, es meta fundamental de la especie posmoderna.
- Y por último, las modificaciones a la representación social del cuerpo: “angustia de la edad, obsesión por la salud, por la “línea”, por la higiene, rituales de control y de mantenimiento, cultos solares y terapéuticos, superconsumo de los productos farmacéuticos.”<sup>3</sup> El cuerpo ya no es *res extensa*, es nuestra identidad profunda, nuestro *self* corporal.

En la simbología mitológica hay un cambio de modelo: Prometeo, Fausto y Sísifo son figuras que protocolizan al hombre moderno y que son desplazados por Narciso, la figura posmoderna. El narcisismo colectivo del que se hablaba hace unos instantes puede colapsarse creando una esfera cerrada que no proyecta hacia fuera, y donde los individuos se “comunican” con actos fallidos donde no hay comprensión, sólo anuncios singulares. Sostiene el filósofo francés que en contra de lo que pueden pensar muchos, los índices de suicidio en el mundo declinan, o más bien, su efectividad es lo que declina, al no haber una correspondencia entre el laxismo posmoderno y un acto límite como éste. El ser humano, hoy, ya no se suicida, se deprime. “... la burocracia, la proliferación de las imágenes, las ideologías terapéuticas, el culto al consumo, las transformaciones de la familia, la educación permisiva han engendrado una estructura de la personalidad, el narcisismo..., junto con unas



relaciones humanas cada vez más crueles y conflictivas.”<sup>4</sup> Vivimos los tiempos del fin del *happy end* y el nacimiento de la cultura *cool*.

Si bien pudiera parecer excesivo, nos atreveremos a afirmar que la producción de Lipovetsky después de *La era del vacío* no es otra cosa que el desarrollo de las tesis principales de éste, su primer ensayo famoso. *El imperio de lo efímero*, publicado por primera vez en 1987, precisamente profundiza en una de las principales ideas del libro fundacional de Lipovetsky: estudiar el lugar central del consumo y de la moda en la historia del mundo occidental, no como una banalidad, tampoco con desprecio. Ya Adorno y Horkheimer criticaron la fusión entre la cultura, la publicidad y

la diversión industrializada. Ya Habermas criticó el “listo para consumir” mediático de la sociedad moderna. Guy Debord hizo lo propio al hablar de la “falsa conciencia” que producía la pseudo cultura del espectáculo, y Heidegger al criticar la dominación de la técnica. Este rápido recorrido por algunos de los principales pensadores del siglo XX, a decir de Lipovetsky, muestra un claro paradigma de fondo, que es que el consumo es algo superficial, alienante, y que esto, lo superficial, tiene efectos siempre negativos y nefastos sobre el individuo y la sociedad. Sin embargo, la postura del filósofo francés es que hay que hacer el análisis con mayor equilibrio y objetividad, ya que al final de cuentas, es el consumo el fundamento de la economía mundial.

Hay que interpretar de una nueva manera al consumo, como un fenómeno social y antropológico, y no sólo económico. Y junto con el consumo, hay que entender el papel de la moda en las sociedades actuales. Esto lo hará Lipovetsky en un texto, que si bien es escrito muchos años más tarde (2003), está íntimamente ligado a este mismo orden de ideas: *El lujo eterno*. Este libro ha hecho mella entre aquellos que quieren entender el papel de la moda, del lujo, del “star system”. Con sus definiciones peculiares sobre la belleza, el placer, el cuerpo, Lipovetsky explica una de las aristas más interesantes de nuestra sociedad.

En el inicio del siglo XXI, el consumo del lujo está creciendo en el mundo: por la globalización, por la concentración del poder, pero también porque están apareciendo distintos niveles de lujo, cerca de más personas. Hay un lujo inalcanzable y otro alcanzable, democrático, masificado: el semi-lujo democrático. Además de este lujo más cercano, Lipovetsky estudia el tema de la feminización del lujo: “Por el hecho de tener a su cargo la vida privada, la educación de los hijos, la administración de la casa, la mujer se afirma como el actor principal del consumo y el blanco primero de la oferta mercantilista.”<sup>5</sup>

Sin embargo, el consumo del lujo marca claras diferencias con respecto al consumo en general, ya que el consumo del lujo:

- Es una nueva manera de pensamiento mítico.
- Con ritos ceremoniales que actualizan al mito.
- Resucita un aura de lo sagrado.
- Es un emblema de belleza.
- El consumo del lujo hace que el individuo se sustraiga de la inconsistencia de lo efímero.
- Es una apuesta por la permanencia, por la memoria, por el deseo de eternidad, por Eros.

Existe una clara intención de parte de Lipovetsky de hacer una relación entre la cartografía religiosa y la del lujo, una especie de sustitución de esta última por la primera, donde el hombre posmoderno ha encontrado alimento espiritual en la rutina del consumo lujoso: “Tal vez algo metafísico sigue hechizando nuestros deseos de disfrutar, como los dioses, de las cosas más excepcionales y más hermosas.”<sup>6</sup>

Otro de los flujos de pensamiento que continúa explorando Lipovetsky es el de la ética, en *El crepúsculo del deber* (1992). El francés sostiene que la ética está de moda, y esto parece una contradicción considerando la época neoindividualista que se ha descrito con anterioridad. Entonces, ¿se

trata de reestablecer a la ética occidental histórica? No cree que lo que haya sea un retorno de ésta ética. ¿Se trata de una totalmente nueva forma de ética? Tampoco lo cree porque se trata en esencia de los mismos valores de hace siglos. De lo que se trata es de una nueva manera de “remitirse a los valores, a una nueva regulación social de la moral en este punto inédita que instituye una nueva fase en la historia de la ética moderna.”<sup>7</sup>

La ética que plantea Lipovetsky es una de distanciamiento de un modelo de morales religiosas tradicionales, pero también de un modelo moderno, laico y categórico. Sobre esto último, hay un alejamiento del denominado primer ciclo de secularización ética que elimina los medios y recompensas del más allá pero se queda con el elemento fundamental: el deber absoluto, esto es, el sacrificio de la persona por la familia, la patria o la historia. “Las obligaciones superiores hacia Dios no han sido sino transferidas a la esfera humana profana...el primer ciclo de la moral moderna ha funcionado como una religión del deber laico.”<sup>8</sup>

En la actualidad estamos en el umbral del segundo ciclo de secularización ética: la ética del post-deber. Esta fase consiste en que se eliminan todos los valores referidos a actos sacrificiales, desde aquellos indicados por razones religiosas como por cuestiones laicas y sociales. Lo fundamental en este segundo ciclo es el logro del bienestar y de los derechos de la subjetividad. Las democracias están oscilando en el más allá del deber, se acomodan según una ética mínima, sin “obligación ni sanción”, proyectadas hacia una sociedad post-moralista; sociedad que rechaza la retórica del deber maniqueo o austero, y sublima los derechos del individuo para lograr la autonomía, el deseo satisfecho y la felicidad. De lo que se trata el día de hoy es que un individualismo responsable se imponga a un individualismo irresponsable. A Lipovetsky le gusta jugar con la idea de que estas condiciones post-morales pueden llevar a muchos a pensar en el advenimiento de un comportamiento social dominado por un nihilismo atroz. Sin embargo, ante tales condiciones, también está la puerta abierta para lo contrario: la oportunidad de que la obsolescencia del deber y la decadencia de las ideologías lleven al hombre posmoderno a hacer realidad la tan clamada cohesión social, el desarrollo de negociaciones efectivas y el ejercicio de un pragmatismo renovador, humanista y plural. “No son las profesiones de fe éticas, los panegíricos a favor de los derechos del hombre y de la generosidad los que acabarán con la xenofobia y la miseria, con las agresiones en contra del entorno, las desviaciones mediáticas. Se necesitarán políticas y em-

presas inteligentes, más formación, responsabilización y calificación profesional, más ciencia y técnica. Más que el imperativo del corazón, el imperativo de las inteligencias humanas, la inversión redoblada en el saber y la dimensión educativa permanente.”<sup>9</sup>

Ni la resurrección del deber maximalista, ni la “refundación” de la ética. No hay de otra más que la defensa legítima de los valores humanistas, y no hay otros medios que los de la inteligencia práctica, eficiente, con resultados a corto plazo. La reducción del mundo, tanto en su conceptualización como en su dinámica real de interacción, demanda un ejercicio ético de inmediata resonancia, de una agenda mínima, pero de eficacia contundente.

Por último, una vez hecho el recorrido delimitado por *La era del vacío*, y desarrollado en distintos textos, incluyendo, además de lo descrito, una caracterización de la transformación de la cultura liberal, y la definición de un nuevo lugar de la mujer en la cotidianidad reciente, llegamos al más reciente de los escalones de este intelectual francés: la descripción del asomo de la nueva cultura hipermoderna.

Marcando una distancia aún más clara con muchos de sus coeternos, Lipovetsky afirma en *Los tiempos hipermodernos* (2004), que es un error seguir concibiendo los años recientes, digamos lo que va del siglo XXI, como los de tiempos posmodernos. Es necesario para el filósofo francés concebir el término “hipermodernidad” para describir éstos y los tiempos recientes por venir. La hipermodernidad está inscrita en el seno de una sociedad liberal, “caracterizada por el movimiento, la fluidez, la flexibilidad...” representa la aparición de un “hipernarcisismo, época de un Narciso que se tiene por maduro, responsable, organizado y eficaz, adaptable, que rompe con el Narciso de los años posmodernos, amante del placer y las libertades.”<sup>10</sup>

La época de Narciso continúa, su figura sigue dominando la esfera del comportamiento social, sin embargo hay un mecanismo que funciona de manera muy distinta: del gozo y del placer, Narciso transita hacia la responsabilidad y los resultados. ¿Un Narciso neurótico? Nuevamente, este personaje se tiene como centro, pero su atención está dirigida a algo más. Ya no se trata de alcanzar el estadio del gozo en el consumo: de la fiesta se pasa a la celebración del logro, de la protesta a la gestión. El placer es bien recibido cuando se da como resultado de la competencia, el seguimiento de las reglas y el éxito profesional. Sin embargo, la aparición de este nuevo tipo de Narciso está en su primer faceta, de modo que, además de neurótico, podemos decir que tiene un comportamiento esquizoide:

- ¿Narciso maduro? Cuando en las sociedades pudientes y llenas de ocio sobran las actitudes infantiles y púberas de los adultos, y para llegar a esa etapa, los adolescentes tardan cada vez más.
- ¿Narciso responsable? Irresponsabilidad social al por mayor: en las instituciones políticas, empresariales, mediáticas. Atentados ecológicos casi irreversibles.
- ¿Narciso eficaz? Eficacia con los costos del psicopatismo y de las depresiones.
- ¿Narciso adaptable? Y que hay de la crispación de las grandes metrópolis.

Los individuos hipermodernos están más conscientes de la necesidad de comportamientos responsables, pero en sus primeros pasos son muy irresponsables, están mejor informados, y más desestructurados, son adultos inestables, más abiertos pero más influenciables, más críticos pero a la vez más superficiales, más escépticos y por supuesto, menos profundos. Narciso, al buscar la madurez y la responsabilidad, ha hecho que el temor esté por encima del goce, la angustia por encima de la liberación: enamorado de sí mismo, y aterrorizado por la vida.

Aún así, lo hipermoderno es más preciso que lo posmoderno (que nunca fue pos); lo hiper es lo acelerado, lo llevado a la *n* potencia, la secularización máxima. La hipermodernidad llega basada en tres componentes axiomáticos esenciales de la modernidad: el mercado, la eficiencia técnica y el individuo. Serán los tiempos inmediatos los que definan si el ser humano hipermoderno transforma la realidad en circunstancias lo suficientemente benéficas, que ni lo propiamente moderno, ni lo propiamente posmoderno, pudieron lograr. •

#### Notas

<sup>1</sup> Lipovetsky, Gilles: *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama, 1986, p. 7.

<sup>2</sup> Lipovetsky, Gilles: *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama, 1986, p. 11.

<sup>3</sup> Lipovetsky, Gilles: *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama, 1986, p. 61.

<sup>4</sup> Lipovetsky, Gilles: *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama, 1986, p. 46.

<sup>5</sup> Lipovetsky, Gilles: *El lujo eterno*, Barcelona, Anagrama, 2004, p. 81.

<sup>6</sup> Lipovetsky, Gilles: *El lujo eterno*, Barcelona, Anagrama, 2004, p. 97.

<sup>7</sup> Lipovetsky, Gilles: *El crepúsculo del deber*, Barcelona, Anagrama, 1994, p. 11.

<sup>8</sup> Lipovetsky, Gilles: *El crepúsculo del deber*, Barcelona, Anagrama, 1994, p. 12.

<sup>9</sup> Lipovetsky, Gilles: *El crepúsculo del deber*, Barcelona, Anagrama, 1994, p. 19.

<sup>10</sup> Lipovetsky, Gilles: *Los tiempos hipermodernos*, Barcelona, Anagrama, 2006, p. 27.